

PREMIO PRIMAVERA  DE NOVELA 2020

JOSÉ MARÍA PÉREZ
PERIDIS

EL
CORAZÓN
CON QUE
VIVO



ÁMBITO
CULTURAL


ESPASA

EL CORAZÓN CON QUE VIVO

Esta obra ha obtenido el **Premio Primavera 2020**,
convocado por Espasa y Ámbito Cultural
y concedido por el siguiente jurado:

Carme Riera
Fernando Rodríguez Lafuente
Antonio Soler
Ana Rosa Semprún
Gervasio Posadas

JOSÉ MARÍA PÉREZ «PERIDIS»
EL CORAZÓN CON QUE VIVO

ESPASA  NARRATIVA

© José María Pérez, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.633-2020
ISBN: 978-84-670-5773-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.confllicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

*A mi hijo Froilán,
cuya omnipresencia después de su muerte
me ha hecho doliente compañía
en todas las páginas de esta novela.*

Nunca se practica el mal tan a fondo y tan alegremente como cuando se ejerce como una obligación de conciencia.

BLAISE PASCAL

PERSONAJES

El doctor don Honorio Beato y sus hijas Felicidad, Esperanza y Caridad.

El doctor don Arcadio Miranda y sus hijos Gabriel, Lucas y Jovita.

Ubaldo. Marido de Jovita.

Doña Filomena, suegra de don Arcadio.

Don Segundo y su hija Mariana.

Julián «el Farruco» y su hija Candelas (Lituca).

Don Servando. Cura párroco de Paredes Rubias.

Cosme Simón. Preboste falangista.

Ramiro Entrambasaguas. Requeté.

Benigno. Albañil.

Amable. Contable.

Germán Blanco. Médico. Amigo de Gabriel y de Lucas.

Donato Beato. Dueño de la tienda de tejidos y novedades La Milagrosa.

PRÓLOGO

*Cultivo una rosa blanca,
en julio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.*

*Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
cultivo una rosa blanca.*

JOSÉ MARTÍ, *Cultivo una rosa blanca*

Cuando murió mi hijo Froilán y yo andaba muy decaído de ánimos, recordé lo que escribió Jane Austen en *Mansfield Park*: «No hay nada como la actividad, una febril actividad, para ahuyentar las penas. Una ocupación, aunque sea melancólica, puede disipar la melancolía». Lo vi claro. Tenía que meterme a fondo con una nueva novela para distraerme pero no sabía por dónde empezar. Entonces me propuse seguir el camino que señala Baltasar Gracián: «En los trances más difíciles no hay que pensar, sino actuar. El esfuerzo allana el camino imposible y puede ayudar a la buena suerte». Y con esta disposición de ánimo, un día que viajaba a Santander y tenía más de cuatro horas por delante, me propuse retomar la escritura. Como no sabía por dónde empezar, recordé el consejo de Picasso: «Cuando llegue la inspiración que me pille trabajando». Para facilitar su llegada, abrí el portátil y me dejé envolver por los recuerdos de infancia buscando algún cabo suelto al que agarrarme para iniciar la escalada. Yo tenía muy

pocos años y oía a mi padre mofarse de los italianos y de Mussolini por lo de Guadalajara; sin embargo, elogiaba a Hitler y a los alemanes, porque para él fueron decisivos en la victoria de Franco. En mi cabeza infantil no cabía la idea de que hubiera sido una guerra entre españoles. Tal y como él hablaba de la guerra yo estaba hecho un lío; confundía los rojos con los rusos y pensaba que Stalin había invadido España. Por su parte, mi madre decía que los rojos les querían quitar la religión.

Ya habíamos pasado bajo las entrañas de la sierra de Guadarrama y me distraje mirando la catedral de Segovia, que surcaba majestuosa la estepa castellana con su monumental torre navegando por encima de los cerros.

Una vez que la catedral desapareció de mi vista, traté de centrarme en las peripecias que contaba mi padre imaginando aventuras y personajes para la novela, cuando observé que un caballero cuyo rostro me era familiar se acercaba sonriente. Mediana estatura, bien parecido y desde el primer momento directo y campechano. Le miré fijamente, tratando de ubicarle entre mis conocidos de antaño.

—Soy Antonio, un médico más en una familia de médicos. —Se presentó, sentándose enfrente de mí. Hacía años que no nos veíamos. Era unos pocos años mayor que yo, y casi de inmediato le reubiqué en mi memoria.

—Eres uno de los nietos de don Arcadio —aventuré—. No llegué a conocerle, pero en Paredes Rubias, durante mi infancia, todo el mundo hablaba de él. Debía de ser todo un personaje. Era el padre de don Lucas.

—Don Lucas era hermano de mi madre, y mi padre era el alcalde de Paredes Rubias por el Frente Popular cuando se produjo el levantamiento militar que provocó la Guerra Civil.

—Si no me equivoco, vivíais en Madrid y veníais los veranos a Paredes Rubias.

—Veo que te acuerdas. Yo también me acuerdo de tus programas del Románico. No me perdía ninguno. —Se notaba que quería entablar conversación mientras yo fijaba mi atención en sus gemelos.

—¿Quieres verlos de cerca? —me preguntó, entregándome el de la manga izquierda.

—Veo que has adivinado mi pensamiento. —Me puse las gafas de dibujar para examinarlos y exclamé: Te diría que son únicos. Son

hermosos en su sencillez y tienen algo hipnótico. ¿No tienes miedo de extraviarlos o que te los roben?

—Me los he puesto porque la familia ha decidido que a partir de ahora los lleve mi primo Andrés y los tengo que dejar en su casa de Paredes Rubias. Se los regaló mi bisabuela a mí tío Gabriel cuando acabó la carrera y se fue a hacer la especialidad a Santander en el hospital de Valdecilla. Tienen un valor incalculable para la familia. Por lo que fueron y por lo que significan para nosotros. Llevaban desaparecidos muchos años y los hemos recuperado de milagro hace poco tiempo. En ellos está contenida la historia de toda nuestra familia y un pedazo de la historia de España.

Verdaderamente, aquellos gemelos eran especiales. El uno tenía pátina de envejecimiento y parecía más antiguo, y el otro estaba nuevecito. No me cabía ninguna duda de que eran de oro. El platillo con forma de cuenco colgaba del pasador mediante una cadenita de tres eslabones. Y del centro de la parte exterior emergía un pequeño diamante incrustado como polo magnético en una estrella de ocho puntas, que era como una lágrima a punto de desprenderse de una es-talactita.

—Estos gemelos tienen una historia digna de ser contada —continuó, echándome una mirada persuasiva—, pero ni sé hacerlo como es debido ni tengo tiempo para ello. A mi familia y a mí nos gustaría que alguien la novelara, y como creo en las casualidades, pienso que nuestro encuentro ha sido providencial porque eres la persona más adecuada para escribirla. Conoces el lugar, conoces a mi familia y, de un tiempo a esta parte, te has hecho escritor de novelas históricas.

Tres horas de tren eran una oportunidad única para saber el misterio que encerraban los gemelos con diamante. El viaje prometía ser entretenido y mi paisano me estaba sirviendo en bandeja la historia que yo necesitaba. La suerte había venido a mi encuentro.

—Yo trataré de hacerte un relato de aquellos terribles sucesos que arruinaron la vida a mi abuelo y cambiaron las nuestras por completo.

—Ahora mismo no te prometo nada —le respondí para no comprometerme—, escribir novelas es muy difícil y hay que trabajar mucho y durante mucho tiempo. Yo tengo mis propias vivencias y recuerdos por lo que viví en la posguerra. Crecí en aquel ambiente y me acuerdo

de lo que se hablaba en la familia, que no era mucho. Tú me cuentas lo que quieras y yo escribiré lo que pueda.

—Eso es cosa tuya, escribe lo que quieras. Estoy seguro de que lo harás bien.

Antonio era un hombre locuaz y campechano, un conversador muy ameno y además un gran narrador, y, sin que yo le tirara de la lengua, empezó a relatarme la historia.

—Para mí, todo empezó en la romería de la Virgen del Carmen en el año 1936. Yo era un niño todavía y estuve en ella y me acuerdo de lo que pasó como si lo estuviera viendo, porque al día siguiente mi padre desapareció de nuestras vidas. Aquellos acontecimientos se grabaron a fuego en mi memoria.

PRIMERA PARTE

JULIO-AGOSTO
DE 1936

CAPÍTULO 1

LA ROMERÍA DE LA VIRGEN DEL CARMEN

Jueves, 16 de julio de 1936

La romería de la Virgen del Carmen se celebraba desde tiempo inmemorial en un santuario situado en lo alto de una amena colina del valle de San Millán, en la Montaña Palentina. Como venía ocurriendo desde principios del siglo xvii, los pobladores de los norteños valles palentinos, y sobre todo la villa de Piedras Negras, celebraban el día 16 de julio la fiesta de su patrona acudiendo en romería al santuario de la advocación mariana. Algunos hacían descalzos el recorrido y solo unos pocos de rodillas, cumpliendo una promesa o una penitencia impuesta. La ocasión era propicia para encontrarse con familiares y amigos dispersos en las distintas poblaciones de la comarca.

Hasta la campa del cerro de la ermita llegaba el tañido de las campanas que desde los pequeños pueblos de los valles anunciaban la salida de las correspondientes procesiones locales. Todas ellas confluían a las doce de la mañana en la pradera de la ermita para dar la bienvenida a la procesión de Piedras Negras, que era, con mucha diferencia, la más numerosa. Escortada por guardias civiles vestidos de gala, los fieles venían cantando, como era costumbre: «Viva la Virgen nuestra patrona, / que en nuestro pecho tiene su altar / y reine siempre triunfante Cristo / en nuestra villa noble y leal». De pronto, fue interpelada por un grupo de adolescentes situados al borde del camino que a voz en cuello entonaban: «Si los curas y frailes supieran / la paliza que van a llevar / subirían al coro cantando, libertad, libertad, libertad». La algarada provocó un momento de gran tensión y confusión.

Arreciaron los cánticos y los vivas a la Virgen del Carmen de los fieles, que eran muchos más que los alborotadores y tenían de su parte a la Guardia Civil. Pusieron sordina a las voces de «Viva la República» que proferían los mozalbetes, que solo querían divertirse un rato y sacar de sus casillas a los devotos de la Virgen. Despejado el camino, la comida campestre y el baile posterior transcurrieron con total normalidad.

A nadie le sorprendió aquel incidente porque desde las elecciones de febrero de 1936 había gran crispación. Todo el mundo sabía que desde hacía meses se estaba fraguando una sublevación militar. La situación se había agravado hasta el extremo cuando, tres días antes de la fiesta del Carmen, el diputado monárquico de Acción Española, José Calvo Sotelo, fue sacado de casa y asesinado como represalia por la muerte del teniente Castillo, jefe de los Guardias de Asalto del Gobierno de la República.

Aunque fuera una fiesta de convivencia y confraternización, solo lo era en parte. Las diferencias sociales quedaban netamente evidenciadas en la forma de vestir, en el lugar que ocupaba cada uno en la procesión, en la calidad de las mantelerías que exhibían o en la abundancia de manjares que se desplegaban en los corrillos familiares. Se podría decir que la romería era, además de un pretexto para la diversión, el medio de hacer patente estas diferencias. En ella se ampliaba el círculo de los conocidos, y las mozas tenían posibilidad de conocer a los varones de los pueblos más lejanos, lo que, de emparejarse, les permitiría librarse de la endogamia.

Entre las familias más renombradas destacaban las compuestas por afamados médicos de la comarca: don Honorio Beato y don Arcadio Miranda, que habían acudido con sus respectivas familias. Habían sido compañeros de carrera en la Universidad de Valladolid hacía más de treinta años y juntos figuraban en la orla de la promoción bien peinados y trajeados y con pajarita y bigote, que disimulaban su juventud y añadían a sus rostros sin arrugas la prestancia y solvencia que demandan los pacientes a quienes ejercen el noble oficio de la medicina. En la parte inferior de los óvalos que albergaban sus respectivos retratos se especificaba con claridad su procedencia palentina, dos aldeas sitas en las cercanías de Paredes Rubias. Ambos habían formalizado matrimonios ventajosos, aportando la sapiencia y la

competencia profesional de su prestigiosa carrera a la tenencia de tierras con la que contribuyeron sus respectivas esposas. Aunque en los felices tiempos estudiantiles habían compartido diversiones y amistades, las desgracias y vicisitudes de la vida, la competencia en el ejercicio profesional en el mismo territorio, los avatares de las familias y sobre todo la política habían enturbiado sus relaciones personales y enfriado su amistad de juventud.

Don Honorio, que además de falangista convencido era católico y monárquico a machamartillo y la vera efigie de caballero castellano de triste figura, echaba en falta a la jovial y exuberante Caridad, la esposa que ponía alegría en su vida. Había fallecido seis años antes a causa de una enfermedad incurable sin que nada pudiera hacer por salvarla un marido muy apegado ella, a pesar de que era un médico muy competente. En su viudedad quedó tan entristecido para siempre que no solo iba de luto riguroso en todas las ocasiones, sino que cuando se quedaba pensativo y en silencio se le arrugaba la frente y se le plegaban los labios en un rictus de tristeza tan exagerado que cualquiera que le viera pensaría que el insigne médico podría echarse a llorar en cualquier momento. «La vida es lucha, trabajo y dolor» era una cantinela que repetía a menudo.

Tres hijas tenía el viudo doctor: Felicidad, Esperanza y Caridad y, aunque ya habían pasado con creces los veinte, las tres estaban por casar. Hasta que ocurrió la desgracia y perdieron a su madre, habían tenido institutriz, cosa rara por aquellos pagos. Después quedaron en manos de las madres irlandesas, por cuyos internados transitaron durante varios años, tanto en España como en Inglaterra. Allí, sufriendo algunas penalidades, se contagiaron de la afición al té, aprendieron los modales británicos y les quedó un acento que a los mozos del norte de Palencia les parecía altivez y afectación. Vivían en Cubilla del Monte, un pueblecito de escasa población donde don Honorio tenía su clínica. Un lujo y un privilegio para los habitantes de la comarca norteña porque entre semana venían especialistas del hospital de Valdecilla de Santander que, junto a don Honorio, proporcionaban una asistencia médica de calidad, impensable para aquellos tiempos, pero muy necesaria para los habitantes de los valles mineros por el gran número de afectados de silicosis que generaba la explotación de las minas de carbón. La movilidad de enfermos

y médicos era posible gracias a que Cubilla del Monte tenía una estación de ferrocarril por la que pasaban los trenes que iban de Madrid a Santander y donde desembocaba un ferrocarril minero por el que salía todo el carbón que producían las minas de Piedras Negras y pueblos vecinos.

Don Arcadio era el médico titular de Paredes Rubias y poblaciones circundantes y por ello ejercía su profesión como un servicio público. También era viudo, y cumplía con sus deberes religiosos más por solidaridad con sus pacientes y tradición familiar que por simpatía hacia el clero. Había acudido a la romería con su familia, encabezada por su suegra, la abuela Filomena, que le había ayudado a criar a Gabriel, Lucas y Jovita, casada con Ubaldo, que era el alcalde de Paredes Rubias. Ella, además de ser maestra, ayudaba a su marido en el colmado que este regentaba.

Gabriel, el primogénito, de cuidados modales, era también médico, soltero y enamorado, aunque un poco retraído de puro sensible. Su hermano Lucas, seis años menor, también era médico e igualmente soltero. Había traído consigo a Germán, su amigo y compañero de estudios en la facultad de medicina de la Universidad de Valladolid, que también era palentino y de Tierra de Campos. Ambos habían continuado su formación en el hospital santanderino de Valdecilla, donde Germán se había especializado en traumatología y cirugía, prácticas ambas que ejercía con virtuosismo de violinista y que le habían granjeado la admiración de compañeros y profesores. Había llegado el día anterior desde Santander y se dirigía a Palencia, pero, ante la insistencia de sus colegas, había hecho un alto en Paredes Rubias para acudir a la famosa romería.

Viudo y con las tres hijas por casar, don Honorio se sentía en la obligación de ir a la romería, en la que aquel año se encontraba fuera de lugar. Por ello, buscó la compañía de don Servando, el párroco de Paredes Rubias, al que la quema de iglesias tenía sublevado.

—¡Fíjese esos! —masculó don Honorio, señalando al grupo de don Arcadio—. El año pasado apenas vino nadie de su familia, pero este, como se han hecho los amos del ayuntamiento de Paredes Rubias y gobiernan España, si a eso le llaman gobernar, han venido todos

para restregarnos su poder en las narices. Y, además, se han traído a los amigos de Palencia.

—¡No se preocupe usted, que la alegría dura poco en la casa del pobre!

—¿Qué sabe de nuevo del asunto que nos preocupa?

El sacerdote se sabía los Evangelios de memoria y también buenos párrafos de la Biblia.

—Acabo de leer esta mañana lo que dice el profeta Isaías a propósito de los enemigos de Dios: «Han vacilado y se han desplomado a una. No pudieron salvar a los que llevaban, y ahora ellos mismos van al cautiverio».

—¿Es una adivinanza o una contraseña?

—No. Es una profecía.

—¿Qué significa?

—Que las profecías ayudan a su cumplimiento y por tanto sucederá lo que deseábamos que sucediera.

Mientras don Servando hablaba de esta guisa al médico, las hijas de este comentaban con su amiga Mariana a propósito de los jóvenes médicos que tenían revolucionada la fiesta con su presencia. Esperanza, la más atrevida, le dio un empujoncito cariñoso, señalando hacia el primogénito de don Arcadio.

—Oye, Mariana, ¿se decide o no se decide Gabriel? Porque últimamente le veo un poco apagado. ¿Estáis enfadados?

—Desde que se ha metido en política ya no es el que era. Antes estaba enamoradoísimo, pero ahora...

—Se nota a la legua que tiene la cabeza en otra parte. Llevamos muchos años hablándonos. Pero creo que la política nos ha distanciado. Mi padre y él están en polos opuestos. Además, Gabriel está muy preocupado por la higiene del pueblo.

—No le falta razón —intervino Esperanza—. En eso está mi padre de acuerdo con él. Dice que muchas enfermedades se deben a la falta de higiene porque no se recogen las aguas sucias en un tubo para verterlas en el río aguas abajo.

—Gabriel no me habla de otra cosa. Está empeñado en acompañar a su cuñado Ubaldo para conseguir en Madrid el dinero que hace falta. A ver si me saca a bailar... y me entero de sus intenciones.

—¿Respecto al alcantarillado o respecto al matrimonio?

—Últimamente pone mucho más empeño en lo primero que en lo segundo.

—Pues espabila y sácale a bailar, y una vez que le tengas en tus brazos no dejes que se te escape. Oblígale a que te aclare las cosas de una vez.

—Lo ves tú muy fácil. Yo no sé si es por timidez o porque somos de derechas, sobre todo mi padre. Y eso le retrae. Por eso ya no viene tan decidido como antes y utiliza la poesía para andarse por las ramas.

—Procura que baje a tierra, que en los mítines bien que se explaya. Ahí no le sale la vergüenza por ninguna parte. Cuando se le calienta la boca, nos pone a caer de un burro a los «reaccionarios» —exclamó Feli.

—Tampoco exageres, hermana. A los «reaccionarios» no les pone nunca nombre propio. Habla en general y utiliza las palabras adecuadas para no molestar. Gabriel nunca pierde los modales ni levanta en exceso la voz. Tú sí que eres vehemente y en cuanto te tocan la Falange, saltas como una pantera —precisó Esperanza—, y no te lo tomes a pecho ni te des por aludida.

—Espe tiene razón. La educación y los modales no los pierde nunca. Se nota que es médico porque envuelve las palabras con algodonos y además pone carita de bueno cuando le pillas en un renuncio. Se las pinta solas para salir del atolladero y sabe pedir perdón como nadie —concluyó Mariana.